



La Santa Sede

MISA EN SUFRAGIO DEL CARDENAL SERGIO PIGNEDOLI

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

*Basílica de San Pedro
Jueves 26 de junio de 1980*

*Venerados hermanos del Sacro Colegio,
y vosotros todos, queridísimos hijos que me escucháis:*

He querido esta recogida concelebración de la basílica de San Pedro para recordar y elevar sufragios por el alma de nuestro amable hermano, el cardenal Sergio Pignedoli a los diez días de la prematura e imprevista muerte. Él se ha separado de nosotros silenciosamente, casi de puntillas, conforme a su estilo delicado y discreto, dejando en todos nosotros una ola de conmovido y sincero duelo.

1. ¿Por qué el Señor nos lo ha quitado así de improviso? Y, ¿por qué ha quedado esta impresión de doloroso estupor? No trataré de responder a la primera de estas dos preguntas, ya que llevaría a intentar leer —y sería un intento vano— en los arcanos, pero siempre misericordiosos y providentes designios del Señor, en quien creemos firmemente como dador y arbitro de la vida humana para cada uno de los días, muchos o pocos, que nos es dado vivir en esta tierra. "Que tú tienes —repetiré con el autor del libro de la Sabiduría— el poder de la vida y de la muerte y llevas a los fuertes al hades y sacas de él" (*Sab 16, 13; cf. 1 Sam 2, 6*).

2. En cambio, a la segunda pregunta, que es de tipo histórico o antropológico, es posible y aun fácil encontrar respuesta, evocando, aunque sea rápidamente, la persona y, diría, los rasgos del que nos ha dejado. De hecho cada vez que muere un hombre, que ha obrado bien en el curso de su existencia, es natural y amplio el sentimiento de un vivo pesar.

Todo esto se verificó inmediatamente al comienzo de la semana pasada, cuando llegó de Reggio

Emilia la noticia de que había muerto el cardenal Pignedoli. Todo esto continúa, como una precisa sensación común a todos nosotros, también esta tarde, porque ante nuestra mente, o mejor, dentro de nuestro corazón, aparece la imagen del amado hermano. ¿Podremos, en realidad, olvidar la carga humana, esto es, la rica sensibilidad, la extraordinaria capacidad de relaciones y la particular atención que él manifestó siempre para con los demás hombres, en la multiplicidad de contactos y de encuentros que ha tenido, y en la misma variedad de las misiones que se le confiaron? Más que mencionar la asunción de responsabilidades cada vez más altas —desde los años juveniles de su sacerdocio, que transcurrieron con los estudiantes de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, hasta los años de la madurez pasados como Secretario de la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos, y el período más reciente en que fue Presidente del Secretariado para los No Cristianos— es justo y oportuno poner de relieve esta *insigne cualidad suya* que en él fue natural y al mismo tiempo adquirida, es decir, no fue sólo una dote de su personalidad, sino también un fruto maduro de sus virtudes sacerdotales. De ella brotaban sus otras características, que me limito a nombrar: ante todo, el cuidado, más aún, el culto de la amistad, cuyo radio fue muy amplio en él; el interés constante por los jóvenes, a quienes conoció, acompañó y ayudó en gran número de varios modos. Fueron asiduas sus solicitudes para con ellos, como frecuentes y apreciados sus consejos.

3. Pero ya es hora de llevar el discurso de la evocación afectuosa del hermano desaparecido a la atmósfera más elevada, en la que nos quiere y a la que nos lleva la Palabra de Dios, que acaba de ser proclamada. He aquí, hermanos e hijos queridísimos, que ha resonado en nuestros oídos la elevada advertencia evangélica del *Estote parati (Lc 12, 40)*: el Señor nos ha hablado de vigilancia, de prontitud y de preparación —"ceñidos vuestros lomos y encendidas las lámparas"— esperando su venida.

Esta es una lección de validez permanente, porque se enlaza con la exigüidad de nuestro vivir sobre esta tierra, nos recuerda la "relatividad" de nuestra estancia temporánea aquí abajo y al mismo tiempo su importancia determinante en orden a la otra y definitiva estancia en el cielo. Por esto la triste circunstancia que nos ha reunido aquí como, por lo demás, toda muerte se revela *a la luz de la fe* una realidad saludable, como ocasión de meditación y fuente de gracia. También nosotros debemos estar siempre preparados psicológicamente, espiritualmente, en posesión de esa *libertad interior*, que, teniéndonos desvinculados de los lazos del mundo y manteniéndonos en tensión del deseo, facilita y apresura en la esperanza nuestro encuentro con Cristo Señor allá arriba, en la patria

Me parece que el cardenal Pignedoli, incluso por el modo con que se ha alejado de nosotros, nos ofrece este espectáculo de serenidad y desprendimiento. Ciertamente, yo deseo, más aún, debo agradecerle el multiforme y siempre diligente servicio que, durante largos años, ha prestado a la Santa Sede y a la Iglesia; pero quiero manifestar ahora una razón particular de agradecimiento, también en nombre vuestro, por la fructuosa lección que nos ha dejado al morir.

Concluiré, pues, con el libro de la Sabiduría: "El justo aunque muera prematuramente, tendrá descanso". Realmente, por su vida de siervo bueno y fiel, por su muerte de siervo diligente y vigilante, él ha encontrado ya descanso en Dios, es decir, el consuelo, el premio y la paz. Así sea.